

tisa Amelia Ceide. Creo que documentos como estos no deben estar en manos de personas que están constantemente viajando y deben ir a centros culturales como el Ateneo. En esta carta que debe estar bajo cristal en nuestro Ateneo, decía Chocano a Lloréns que el presidente Carranza ofrecía a Puerto Rico cincuenta mil mexicanos para que lucharan por su independencia. Fue escrita en 1913. ¡Oh, aquellas tirantes relaciones yanki-mexicanas! Alma recuerda como su padre hablaba con cariño de nuestra Isla y como recordaba al padre-poeta de los Palés Matos.

En la biografía de Chocano leemos que hizo su educación en el Colegio Labarthe de Lima. Con los primos limeños tenemos estrechas relaciones. En el Perú, la rama de los Labarthe se ha multiplicado bíblicamente. Lo que nos llama la atención a todos es que tanto entre los primos de Lima, como los de México y de California existen los nombres Adolfo, Julio, Pedro, Juan, Guillermo y Arturo.

Enrique Laguerre, nuestro gran novelista hace obra de reconocimiento internacional con la UNESCO en Pátzcuaro al lado de Torres Bodet y del expresidente Cárdenas. Allí lo saludamos primero y luego en Ciudad de México. Lo presentamos a Magdalena Mondragón, Patricia Cox y lo llevamos a casa de Diego Rivera. Asistió a la despedida que me dieron los escritores mexicanos antes de regresar a los Estados Unidos.

Nos despedimos del gran poeta y fiel amigo Echeverría del Prado, del joven novelista Fernando Roble, de José Goygorría, autor del libro de texto que usamos en el colegio "Pensativa". Saludamos a don Alfonso Reyes, siempre gentil y con una rosa de amistad en el ojal de su corazón para Puerto Rico.

Salimos de México. "mi México", con tristeza. Allá queremos vivir y morir. México es mi novia eterna. Penn. College for Women, Pittsburgh, Pa.

* *

El Poema de los Tres Carros

Por Enrique AZCOAGA

(En el Rep. Amer.)

Para Antonio Sánchez Barbudo

Lo que he sufrido y nada todo es nada
Miguel Hernández

I

EL CARRO

En San Martín, la calle labradora
negada por el campo a que se debe,
hay al atardecer o a la mañana,
lo mismo cuando va que cuando vuelve
el hombre labrador de su tarea,
un carro, un pobre carro suficiente,
altivo como un ser lleno de dudas,
que apoya sus muñones sin objeto
en un olvido vasto y secundario.

Se deja recorrer por los zagales.
Lo enjoyan criaturas harapientas.
Parece algo que fué, y es siempre noble,
como el sudor legal de quien lo usa,
como la casa limpia de su dueña,
como la albahaca fresca de la fiesta
que aún luce en su costado; tal un mozo
capaz de respirar toda la dicha
que cabe en un domingo, en un descanso.

Trajo de allá, del cielo por que anduvo,
una serenidad omnipotente.
Tiene en su haber, en su alma resignada,
cansancio hecho vigor naturalísimo.
Cantando por el valle de sus ruedas
algo más que verdad, más que razones,
discurre por deber inexorable;
y en el suspenso pasmo que lo nombra
muerto se ve, cual todo lo sencillo.

Más que fuerte, pervive magro y sano.
En vez de su humildad, su llano orgullo
cautiva poderoso a quien acepta
la tierna vecindad de su descanso.
Si lo creyese digno, sonreiría.
Si desleal, capaz de confundirme.
Vive para un servicio, para nada,
y ó yo estoy corrompido, o él significa
la pura mansedumbre a que camino.

Plantado en sí, como si dueño fuera
del barrio y sus establos laboriosos,
vigila una pobreza inverosímil;
defiende una honradez primaria y viva;

gana de un rey aplomo inmarcesible,
y existe como aquel que poco a poco
vivió para jugar y para novio,
para trabajador y para padre.

¡Qué olvido alrededor de su tristeza!
¡Cuánta finura cerca de este trasto!
Nada de lo que ocurre le perturba,
ó todo se resume en su talante
colmado de paciencia, satisfecho,
ya que jamás parece un ser vencido,
un alma fracasada en su reposo,
sino un afán logrado que no hubiese
querido concluir, ni andar siquiera.

Aunque me ve apoyado en la ventana,
sigue en su fiel y abreva eternamente.
Cuando en mi pecho canta el descontento,
me cuenta que es de árboles cumplidos.
Cuando mi amor se cree desesperado,
él luce las hortensias de sus ruedas
que avanzan por amor, por amor solo.
Y si adivina muerto mi sosiego
derrama su ventura imperturbable.

Claro se ve que es un desesperado.
Nunca diré que escéptico o que frío.
Cuando se rueda tanto y se descansa
con esta su sonrisa majestuosa,
ganar me dan de verlo compungido,
que es tanto como vivo, como rico,
pero no en el instante doloroso
de la bondad, roída por el falso
discurso del dolor sin esperanza.

¿Resulta de materia o de ternura?
¿Sufre su condición o la redime?
Pensándose, pensándose y dejando
que todo lo destierre en su figura,
tanto es resignación como victoria,
tanto triunfal manera como calma,
tanto un amor cumplido como un cuerpo
muy puro, que anegase en su pobreza
la vastedad inmensa del espacio.

Mucho es sentir la alondra sobre el hombro
y no marchar hacia donde ella marcha.
Bastante, estar cansado de cansarse
y no dormir la siesta al mediodía.
Mucho también cerner de la lechuga
trinos de lago en noche que la afirman,
cifrando en la esperanza resignada
la próxima jornada, en la que el carro
se presta a trasladar lo que quisiera.

Yo no soy, según dije, más que ausencia;
pero este carro firme en su destierro,
es árbol del olvido, un esqueleto
silvestre en que se basa el abandono;
matriz reguladora de la calle
tejida en su alabanza...

Y cuando el pecho
cargado, recargado, dolorido,
envidia su actitud, se hace preciso
reconocer su norma labradora.

Poco hay en San Martín que llene, es cierto,
la angosta soledad de la calleja
como este eterno viudo confiado.
Poco me alienta tanto como verle
maduro y joven, firme y desposado
con rubia mies temprana y con alfalfa,
con la tierna hortaliza, con los frutos,
con esa apoteosis de los restos
que llamamos los más, de antiguo, estiércol.

Lograrse es ley, vivir de lo logrado,
permanecer como una compañía,
importa doblemente, cuando toda
la calle que este carro casi habita,
sabe a cereal propuesta recogida,
a fruto bien sembrado, bien nutrido,
a parva campesina descuidada,
quizá porque experiencia de su estirpe
no admite en su contorno lo disperso.

No pudo ser reciente, ni ahora añoso.
Cuando la generosidad nos justifica
fracasa el discurrir de las edades.
Se arriesga quien lo estime veterano,
lo mismo que el que loe su pujanza.

El carro, el hombre justo y los caminos,
inmarcesibles dones de la tierra,
son frescos, siempre frescos, pues no saben
del blando lamentar ni del gemido.

Puerilidad resulta mi congoja
frente a su sencillez sacrificada.
Ridícula, pobrísima mi ayuda
cuando el plural estigma de la carga
florece de sentido el yermo abrazo
que aquí, junto a mi vida quejumbrosa,
va a vivir hoy, mañana, a cualquier hora,
llevando sobre sí, sobre la angustia
de ser, lo que lo eleva con su peso

Nunca llegué hasta tí, porque supiste
mañana ser, cargado de cosechas,
pleno de trigo y de ordio tarde suma,
noche cuando de fiemo rebosante
llevabas a la tierra confianza
de una fertilidad considerable.
Pero ahora aquí, tú noble en el olvido,
y yo viéndolo mar donde concluyo,
bendice el corazón tu compañía.

Bendigo haber caído en tu ruinosa
provincia callejera sin salida;
bendigo haberme rehecho en tu consejo
local, grandioso, impuro y permanente;
bendigo tu impiedad característica,
dorada por la paja y los chiquillos,
pidiéndote la ley de lo maduro,
ese no recordar altisonante
que efunde de tu austera arquitectura.

El orgullo es así, como tú eres.
El temple, como tú, raro y seguro.
La gallardía, acaso más alegre.
Pero hay la confianza, la nobleza,